REPUBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

LECTURA AMENA

REVISTA DE LITERATURA

Año I | *Medellín, 1º de Febrero de* 1905. | *Nº* 9º



(EN LA NAVIDAD DE 1904)

Noche buena, noche santa, fresco oasis de mi vida!
En este año, como siempre, tu dulzura me convida
A sentarme á descansar
Bajo el árbol cariñoso que á tu influjo nace y crece,
Y revístese de hojas y fecúndase y florece,
Y regala con sus frutos á los niños del hogar.

Y en este año, como siempre, presuroso á tu reclamo,
Noche buena y santa, acudo, porque te amo y porque amo
A los seres inocentes que hallan gozo y dicha en ti;
Ay! y sueño con la calma,
Con la plácida ventura que en tus horas tuvo mi alma,
Cuando niño con los niños que te esperan me sentí!

Ya me tienes bajo el árbol que á tu influjo se engalana;
A su sombra, cual cansado
Peregrino estoy sentado;
Vengo en busca de la fuente de venturas que en ti mana;
Beber quiero de ese dulce, cristalino manantial.
Noche buena, noche santa,
Fresco oasis de mi vida,
Oye: traigo el alma herida,
Y llagada está mi planta
Y reseca mi garganta....
¡Una gota, no más que una, de tu célico cordial!
¡Una hora, no más que una, de frescor bajo tu sombra,
De quietud para mi planta sobre el césped que te alfombra!
Una onda, no más que una, de tu límpido raudal!

¿Mucho pido, noche buena, noche santa, noche pía?
Menos dáme, mucho menos, harto menos todavía....
No de dichas—ya imposibles—que pasaron como el viento,

Es la horrible sed que siento;
No descanso, tregua pido; no salud, alivio imploro;
No las risas argentinas te demando, del contento,
Sino el libre, suelto lloro
Que descarga al corazón
Un instante, un solo instante, de su fardo de aflicción!

Noche buena, noche santa, siempre alegre y hoy tan triste!
Otro tiempo ¡ cuántas veces,
Junto al árbol que fecundas y engalanas y enriqueces,
Venturoso tú me viste
Velar solo la cosecha con que sueña la niñez!
Ay! el ruido de la savia de la vida, por las ramas
Cariñosas de ese árbol escuchar me parecía;
Los fulgores de la vida, de tus luces en las llamas
El ensueño me fingía, ...
¡Y que un muerto estoy velando me parece en esta vez!

Quizás ecos de mi alma, de mis íntimos pesares,
Creo ahora entre las hojas de este árbol percibir
Los suspiros postrimeros que exhalaron mis hermanas,
Los sollozos que aún resuenan en sus huérfanos hogares,
El són triste que por ellas despidieron las campanas,
Los adioses que al morir
Nos dijeron los ancianos venerables y queridos,
Y los flébiles gemidos
De los niños pequeñuelos
Que tornaron á los Cielos
Acabando de venir!

Y entre todas esas voces de dolor,—como ellas triste,
Pero más cruel que todas,—un silencio estoy oyendo
Que á mis súplicas y afanes hace tiempo se resiste
Y esta noche me parece que algo al fin me está diciendo:
El silencio de un ausente
A quien siempre inútilmente
Mi alma espera sin cesar!
Esta noche más que nunca por su vuelta al Cielo clamo,
Esta noche más que nunca con dolor y amor le llamo,
Y esta noche me parece que, sintiendo al fin el frío
De la ausencia, su alma viene, y se posa en una rama
De este árbol, que él conoce—que tal vez recuerda y ama—
Y murmura entre sollozos: "Esta noche, padre mío,
No te puedo, nó, olvidar!"

. . . .

Todo canto en esta noche buena y santa, ser debiera
Como salmo de la vida, como voz de primavera,
Como música de amor,
Que en las almas infundiera
Regocijo y esperanzas, energías y valor;
Mas quien lleva el alma herida
Por la muerte y por la ausencia,
Dar no puede de esos cantos que festejan la existencia....
Entonad vosotros, niños, los de gozo, los de vida,
Y apartad vuestros oídos de mis ayes de dolor!

La Doctora, 24 de Diciembre de 1904.

FIDEL CANO



[DESPUÈS DE LEER A "NOCHE TRISTE"]

Vivos voco, mortus plango, fulgura frango.

Llama á los vivos, lamenta á los muertos y toca á fuego.

[La campana. Schiller.]

En ouvrant ma vie, elle s'est évaporé.

(LAMARTINE.)

Noche—triste
—víste—yá
—aire—cielo
—suelo—mar.

G. G. DE A.

Todos concurrímos, diligentes y agobiados de tristeza, al doble con el cual *Noche triste* conmemora á los que se han adelantado algunas horas en el desfile eterno.

Todos oímos, contristados, evocar al porfiado ausente, personificado en un silencio que se resiste y habla. Con qué delicadeza da, el autor, escape á las tribulaciones del alma, impidiendo que estallen con estrépito y rompan vínculos de sangre, fibras sensitivas y órganos esenciales al funcionamiento de la vida. "Dios obliga á veces al hombre á arrancar su propio corazón."

Todos acudímos presurosos al rebato de sus estrofas, *toque á lloro*, á ofrendar nuestras lágrimas para apagar el incendio. El ausente escucha enternecido el reclamo paterno y el arrullo de la madre, y viene anegado en llanto á los brazos que, abiertos y anhelosos, le esperan. Preparado está ya el festín para el día de su llegada. Este regocijo no se frustrará; yo lo aseguro: mientras que mi ausente, ausente comple-

to de la razón, y sumido en la noche eterna del caos, no responderá jamás á nuestros lamentos y sollozos; ni dejará de ser motivo de indiferencia de unos, de compasión de otros y de befa y burla de muchos. Por fortuna él no se da cuenta de nada, y sus desdichados padres, aleccionados en la escuela del rudo padecer, han aprendido á tolerar, á sufrir, á callar y á perdonar...... Ah! y si siquiera la anonadación intelectual detuviera el desenvolvimiento físico.

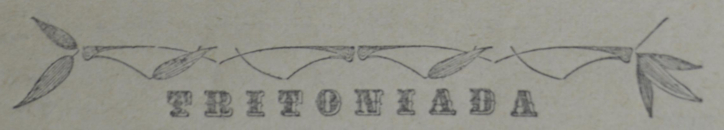
La pobre humanidad está plagada de muchas y de mayores desdichas, que sirven de consuelo á los tontos y de pasto á los malvados. Va un ejemplo, posible, tomado al acaso. Un matrimonio joven y con todos los dones de la virtud y de la fortuna, ve colmada su felicidad en el dulce vagido, grito de aleluya dado por un niño. ¡Qué descanso! ¡Qué dicha! Con tal que sea hombre, exclama el padre, y la bella madre al entonar el magníficat, sólo piensa en los ricos arillos que le tiene preparados. Y.... ¡oh desgracia! ambos esposos aciertan....

Esta vida tan patéticamente llamada *Valle de lágrimas*, es á veces fangoso y despeñado torrente que, como Iguaná, tan pronto descuaja cantos de granito, desquicia montañas y derriba cerros, como arrastra tierra y arena, sucio lodo y fértil podredumbre!......

¿Habrá algún alivio á este crudo batallar? Sí: en el trabajo que á la vez hipnotiza y vigora, mella las penas y trae el pan y el abrigo á nuestros hijos: y en la oración que deifica al hombre y allega al espíritu paz, ventura y calma. "Unamos los dos infinitos, como dice Víctor Hugo, que es lo que se llama orar."

El trabajo y la oración, sostenidos y perseverantes traerán la tregua demandada, el cordial apetecido y el alivio anhelado; y con ellos el descanso y el consuelo del alma dolorida.

F. A. URIBE MEJÍA



TRITONIADA

¡Cómo surgen mis memorias ante el Mar alborotado!
El Mar es mi padre augusto.... Déja, déja que recuerde....
En los viejos episodios fuí tritón, enamorado
De una joven oceánida oji-verde.

Sus cabellos impregnaban de su olor mi cuerpo todo,
Cuando trémulos mis brazos musculosos la ceñían;
Sus cabellos eran algas verdinegras, que de yodo
Y de ozono los perfumes embriagantes despedían.

Qué dichoso si los besos de sus labios escarlata
Se posaban en mis labios!...Descansando por mi tronco
Y erizando de deleite mis escamas de oro y plata,
Inspiraban á mi oblicuo caracol su canto ronco....

¡Cuántas veces en la noche, de la luna á los reflejos,
En la roca hospitalaria más distante y más esquiva
Constelada de rojizos carapachos de cangrejos,
Entregábase á mis ansias, ardorosa y pensativa!

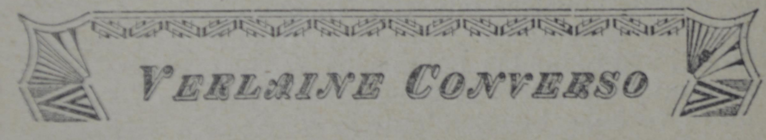
Cómo hendíamos las olas irritadas ó serenas,
Con su mano entre mis manos y en la suya mi pupila,
Y qué dulces serenatas nos brindaban las sirenas
En los hoscos arrecifes de Caribdis y de Scila!

Quién dió muerte á mis venturas? Un delfín gallardo y bruno.
—Te burlaron?—Me burlaron.—Te vengaste?—Sabiamente;
Demandando su tridente formidable al dios Neptuno,
Los clavé sobre mi lecho de coral con el tridente......

Cómo surgen mis memorias ante el Mar alborotado!
El Mar es mi padre augusto ...Déja, déja que recuerde....
En los viejos episodios fui tritón, enamorado
De una joven oceánida oji-verde.

AMADO NERVO

México, 1898.



VERLAINE CONVERSO

A Fray Amado, poeta.

El enano lascivo que murió, fué gigante
Bajo la Piedra negra. Una hada amorosa
Bajo la Piedra negra le transformó en diamante,
—Un diamante que fuese blanco como una rosa.

Como una rosa blanca y yerta; semejante
A las tenues blancuras de la helénica Diosa,
O al lejano esfumino con que un ' alba radiosa
Amortigua el oriente de una estrella flagrante.

...Y su cuerpo yá exhausto (...fué el gentil visionario
De un equívoco ensueño?...) con amor se rendía
A la zarza bendita y á la hez del Calvario.

(Entonce el bello cisne de Zeus enmudecía
Atónito, y el humo surgió del incensario
Como una polvareda de terror....
Nació el día.)

AB. FARINA

JUANCHO URIBE

Del Album ilustrado de D. Rafael Mesa.

Ese sí era escritor! No tuvo noviciado, cuando asomó en el campo de lucha ya era grande, apareciόse fuerte y alto, bien como sobre el inmenso pedestal montañoso de su tierra amada, allá en la cima, pudiendo mirar para abajo á sus naturales adversarios y ladearse sin envidia con sus amigos y colegas, mayores éstos que él en varios lustros, iguales si no menores desde el primer mandoble que descargó en campo enemigo su pluma maestra y soberana.

Sin reserva de ninguna suerte puedo alabarlo con placer desaforado espaciándome en ese primor de pluma que da vida á todo cuanto alcanza: á influjo de su intelecto se coloran las imágenes, alientan los hombres, vive el pasado y comparecen lujuriosos y asoleados los ribereños boscajes de las zonas cálidas. En sus obras, aunque fragmentarias, se encuentra lo más genial de Antioquia: el recuento de las glorias de su patria, la enumeración de los hombres ilustres, galante recordación de la belleza de nuestras mujeres, incomparables descripciones del paisaje nativo y orgullosa alabanza de las virtudes excelsas regionales. Su estilo se lleva todas las palmas, es música insuperable la música de su prosa, miel dulcísima la sabor de su frase, leche fecunda la abundancia de su verbo, sol esplendente la concepción luminosa de su genio ¡Salve meteoro, salve elocuencia, salve sol! Leyendo muchos de sus pasajes, primorosamente cadenciosos y poéticos, se acuerda uno con embeleso del libro de Salomón, el divino Cantar de los Cantares.

Se manifiesta la delectación con que hablaba siempre de su tierra y la melancolía que se apoderaba de su ánimo en ausencia de lo suyo, cuando vivía lejos de su patria, por obra de algún tirano que no pudo sufrir los embates de esa pluma, que, como el áspid sagrado, al decir de Montalvo, no picaba sino á los malos.

Uribe sostuvo durante toda su vida lucha incesante, recia y desigual, contra los adversarios de sus ideas; altar y trono fueron la pesadilla de todas sus horas, el tormento de su espíritu rebelde y el blanco de sus flechas encantadas; fustigábalos, heríalos, azotábalos, les enderezaba dicterios como salivazos y apóstrofes como palmadas en el rostro. Atacaba siempre de frente y á pecho descubierto, pues no conoció disimulo, doblez ni traición; para él no se hicieron la estrategia ni las murallas; su lucha era de gladiador, cuerpo á cuerpo y en la plaza pública. Sirvióse del periódico y del opúsculo, invenciones modernas con las cuales se libraron las más recias batallas de ese siglo. Luchando sin tregua escribió mucho y sobresalió siempre por el estilo, no tanto del lenguaje, magüer es todo nuevo, sino por el estilo del co-

razón, estilo original, remozado, de abundantes y vívidas imágenes, rotundo y numeroso, seductor, inimitable.

Esa lucha le procuró desventuras ó irreparables desgracias. Fué prisionero y enviado al destierro por un tiranuelo infatuado que dominó en Bogotá y á quien había herido el animoso Uribe con las punzadas de su pluma, que cual mágico puñal mataba también como el de Bruto y sin embargo no pedía sangre, ni clamaba roja venganza, como el de, otra vez, Bruto. En esta parte toca con Montalvo, que gastó su vida en guerra ingrata contra García Moreno y Veintemilla. Más afortunado aquél, vió caer á uno de sus adversarios obra de golpes de vengativo puñal, que su pluma lo mató; Uribe hasta en eso fué desventurado, murió en el destierro, cuando su Patria aún gemía bajo el látigo de la más bochornosa tiranía. En publicaciones del siglo pasado huélgame haber leído cómo comparan á Uribe con Montalvo en yendo de escritores. Difieren substancialmente porque son paladines de diversas doctrinas; se tocan como republicanos, como defensores de las ideas democráticas vuelven á tocarse; se confunden en pensamiento cuando atacan á tiranuelos ó dictadores, como se dan la mano los pueblos de Colombia y el Ecuador en el infortunio de sus destinos ó en las épocas heroicas de su historia. Cuando con varonil denuedo defienden el derecho humano son espíritus paralelos. Y luégo se separan á gran distancia en principios de religión, como que Montalvo le concede divinidad al Evangelio y Uribe decididamente nó; aquél es corifeo cristiano, racionalista éste. Difieren aún más en el procedimiento para crear la forma. El estilo que ha hecho imperecedero á Montalvo es el de lenguaje, la corrección de la frase, el aderezo del idioma, la exterioridad en fin; á Uribe, de contado, lo que le ha hecho célebre es el estilo del corazón, la frase nerviosa y espontánea, sin limaduras ni acicalamientos, la abundante fuente de imágenes; esto sobre todo: en imágenes es Uribe un prodigio, una maravilla. La fantasía de Uribe ó como volcán ó como fragua tiene siempre fuego inmenso, rudos golpes, chispas, llamas. Montalvo es hablista, gran hablista, hablista sorprendente, pasmoso. Sabe mucho y su estilo como joya riquísima tiene toda la variedad y estupenda pedrería del idioma. Aquí está la diferencia esencial. Uribe más natural y espontáneo, como sol del alma, da vida á todo cuanto toca; Montalvo, como inmensa luz artificial, brilla, adorna, deslumbra, pinta, hiere, ciega y hace sombra, pero no crea, hace frases sin corazón y evoca seres sin vida. Montalvo es el primer hablista de América. Uribe, sin ser incorrecto, no descollará por la pureza del lenguaje; pero leed otra vez sus escritos, ahí está todavía viviente una fantasía privilegiada y palpita aún entre las frases el indomable corazón de un hombre.

Era Uribe de complexión nerviosa y corría además por sus venas sangre ardiente, sangre de este pueblo tropical que en un hombre de fantasía y de corazón es veneno; ese fuego inclinado al bien hace apóstoles y mártires, desviado hacia el mal hace del hombre presa del abismo; así Uribe en perpetua lucha con adversarios externos llevaba también en sus venas adversario mortal, tentación invencible, lucha interna, desventura; cruel destino, desventura siempre! Ese hombre sufrió

mucho, sufrió en silencio, si no hubiera tenido los placeres de la gloria fuera el más infortunado de los hombres.

Rindió el aliento el último año del siglo diezinueve, cuando aún estaba joven de edad y más joven todavía de corazón é inteligencia. Proscrito, sin gruesa ni menuda, largamente enfermo, murió ausente de los suyos, muy amados, en la ciudad de Quito—hospitalaria villa—postrer asilo de ese colombiano ilustre. El infortunio, como secuela necesaria de la grandeza, puso sello definitivo á la suya, indiscutible. A distancia crece, el tiempo como anteojo de larga vista lo agranda y lo releva; hoy es respetado, admirado y querido, cuando al vivir fué el blanco de la lucha, cordero pascual que cargaba con los pecados de todos. La póstuma es la verdadera grandeza: verdad desconsoladora y triste para los que van con su pluma, como con una cruz, camino de la vida.

ANTONIO JOSÉ MONTOYA



Para C. F. V.

Allá lejos, muy lejos la vaguedad sombría
Con su luto—lo triste—está esperando al día....

Ya se acerca la ola silenciosa y amarga,
Húye, verso que llevas de mis sueños la carga;

Húye, verso que dices de mi cielo la aurora,
Y cuando al sol los rayos la eternidad devora,

Róba el último rastro de la luz que se hunde
Y un perfume de sueños en la noche difunde......

ESCIPIÓN JARAMILLO

Caloto, Abril 15 de 1902.



I

PROFESIÓN DE FÉ

HERMANO, yo quiero á esa mujer con la vehemencia de la pasión primera; no ambiciono, como tú, honores ni riquezas; me basta su cariño. ¡Es tan buena!

—Será bella.

—¡Oh, muy hermosa! Si tú la vieses; tú eres artista, conoces y puedes apreciar....

—Sí, conozco que estás enamorado, y puedo apreciar que por eso te parece la más buena y la más hermosa del mundo.

—Pues bien, estoy enamorado ¡como un loco!

—Dí mejor como un tonto. Yo no creo en el amor; eso es una mentira.

—No blasfemes.

—Hablando de otra cosa: ¿sabes que también estoy preocupado? No puedo terminar el cuadro que preparaba para la Exposición. ¡Aquel cuadro que había de darnos gloria y.... -

—Adolfo, yo soy ateo en esa materia. ¡Gloria! La gloria es humo.

—No barbarices.

—Bueno, y ¿qué te falta?

—Hermano Luis, ¿conoces una mujer de tez morena y cabellos negros, de ojos claros y celestes, como pedazos de cielo? Yo la he visto; no sé dónde ni cuándo; tal vez en mis sueños: una mujer hermosa, angelical; la he buscado por el mundo, y hoy la necesito para seguir mi cuadro. ¿Pero no me oyes? Estos enamorados son inaguantables. Adiós.

Quedó Luis con la cabeza inclinada sobre el pecho, y cuando hubo desaparecido su hermano, murmuró tristemente:

—¿La encontrará?

II

EN EL ESTUDIO

—Buenos días, Adolfo: ¿he tardado?

—Tú siempre tardas, Gloria, porque yo te aguardo impaciente.

—¿Sí? Pues aquí me tienes. Paciencia, ya poco tardo; voy á salir ahora mismo; estoy vistiéndome...es decir ¡ya estoy!

—¡Qué hermosa eres!

—¿Dónde me coloco?

—Donde siempre.

—Así; ¿estoy bien?

—Alza un poco la cabeza: atrás el cuerpo; levánta los brazos; así. El cabello que caiga destrenzado sobre la espalda y el hombro izquierdo; justamente: adelánta la pierna derecha; ¡no, no es así! Aguárda, voy á colocarte yo mismo...Esto es. ¡Oh, admirable! No te muevas; espéra un momento que tomo el escorzo y puedes dejar esa postura molesta.

Corrió el pintor al caballete y comenzó á trazar con presteza las curvas deliciosas de aquella mujer.

—No sabes—decía mientras dibujaba con verdadera devoción artística,—no sabes cuánto te agradezco que hayas consentido en servirme de modelo para este cuadro, que será pedestal de mi dicha: todo tendré que agradecértelo; posición, fortuna, nombre, todo...No te muevas, por Dios...; yo que vivo solo en el mundo, que no tengo más patrimonio que mi trabajo, veré al fin...; ¡dichoso carbón!; veré al fin premiados todos mis desvelos, todos mis afanes, todas mis amarguras...; espéra, pronto acabo. Sí, todas mis amarguras; porque las pasa muy grandes quien, como yo, no tiene hogar ni familia...

—¿No tienes ni un pariente?

—He dicho mal: tengo uno á quien quiero mucho; él y yo somos los únicos del apellido Rocabert; mi hermano Luis...¿Por qué bajas los brazos? ¡Por vida...ya perdí el contorno! ¡No te muevas! Y ahora cae al suelo. Dios mío, ¡qué es esto? Gloria, Gloria, ¿no me oyes? ¡Maldito accidente!...¿Que hago? Si aspirase un poco...¡Ah, ya vuelve en sí! Mírame, mi encanto: vida mía, ¿qué tienes?

—Nada; déjame que salga de aquí en seguida.

—¿Pero por qué?

—Déjame, déjame.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, ya estoy buena, ya pasó, fué un vahido, nada. Voy á vestirme; cuénta entre tanto, ¿qué fué de tu hermano? ¿Por qué salió de Madrid?

—¡Ah!, sabes que se marchó; pues en Italia está, donde tiene que arreglar asuntos de nuestra casa, y á su regreso piensa casarse.

—¡Piensa casarse!

—¿Te extraña?

—Es verdad, no me extraña. Adiós, Adolfo, ya me marcho.

—¿Te has enfadado?

—¿Por qué?

—¿Volverás?

—Sí.

—¿Me lo prometes?

—No sé....

—Pero escúchame, Gloria, una palabra....¡Yo te quiero, Gloria, óye....nada! ¡Se fué! ¿Qué sucede? Cuando he hallado la mujer soñada en mis delirios de artista, cuando voy á realizar todas mis aspiraciones por esa misma mujer, huye, se disipa como humo.

En este lienzo—pensó Adolfo contemplando el trabajo de aquel día—queda su perfil; acaso imite el color; pero ¿de qué me servirá mi obra maestra si el ideal que perseguía se ha desvanecido? ¡Si mis locos deseos, mis ambiciones y ensueños los ha fundido esa mujer en una sola pasión! ¡Si ya todo para mí....es ella!

III

VICTORIA.—DERROTA

—Dáme un abrazo, Adolfo; vuelvo á España orgulloso de ser tu hermano. Ni Velásquez, ni Zurbarán, ni Ticiano, ni Rubens tienen nada qué ver contigo.

—Gracias.

—Ya sé que tu cuadro es lo mejor que han presentado en la Exposición; no le ví aún, pero hasta Italia llevó la fama el nombre del autor de "Las bacantes"; así se títula tu cuadro, que obtendrá primer premio, ¿verdad?

—Sí.

—Pero ¿qué sucede?

—Nada.

—Algo te pasa. ¿Tienes secretos?

—Para ti ninguno.

—Pues cuéntame; te veo de mal talante, pálido, triste, y quiero saber el motivo.

—Luis, ¡yo estoy enamorado como un loco!

—Adolfo, dí mejor como un tonto; son tus palabras. ¿Y de quién?

—De una mujer que.... me sirvió de modelo.

—¡Horror!

—No, no pienses mal de ella; no es una cualquiera. Fué un angel, al que tuve que arrancar las alas para formar una figura de mi cuadro. Tú conoces mi carácter y sabes que ante nada me detengo para realizar mis deseos: hallé la mujer que soñaba, la que me hacia falta, y sacrifiqué su pureza á mi ambición.

—¡Pobre loco!

—Después huyó de mi lado y no he vuelto á verla; cuando la he perdido para siempre, la necesito más; que si antes era para seguir el cuadro, hoy es para seguir mi vida

—¡Bah! Te consolará tu nuevo triunfo.

—Ha sido una derrota.

—El arte....

—El arte es aquella mujer.

—La fortuna, el nombre....

—Ella.

—¿Ves como tu soñada gloria no era sino fantasma que se desvanece á la luz y al calor de otro sentimiento mayor, más real y verdadero?

—No lo sé.

—No desesperes, hermano, que ya volverá tu modelo. Voy ahora mismo á la Exposición; tengo deseos de admirar tu cuadro y de conocerlo. Luégo hablaremos.

***

—¿Qué has hecho, Adolfo? ¡Aquella hermosa bacante, aquella figura esbelta y horriblemente deliciosa, aquella mujer desnuda en tu maldito cuadro, es ella.... el ídolo de mi amor....

—¿Cierto, Luis? ¡Perdóname!

—¡Aquella es Gloria!

—¡Gloria es humo!

—....¡Y el amor, mentira!

IV

CONSECUENCIAS

Algún tiempo después de ocurrir lo referido, zarpaba de Cartagena un hermoso vapor, con rumbo á la Guayana Holandesa. A bordo conducía doce franciscanos, que por aquellas tierras iban á predicar la doctrina consoladora de Nuestro Señor Jesucristo.

Era el más joven Luis de Rocabert, y dicen que como alguno le preguntase si no sentía dejar su patria y abandonar á su hermano, él

respondió: Todo el mundo es mi patria; todos los hombres son mis hermanos.

....

En el manicomio de Toledo el pintor loco pregunta con afán á cuantos le visitan: ¿Habéis visto una mujer de tez morena y cabellos negros, de ojos claros y celestes como pedazos de cielo?.... pues esa mujer es mentira, ¡es humo! En la tierra no existe: yo no conozco más que á "Gloria in ex-celsis Deo....!"

ALBERTO LOZANO.



Soy un ave caída en los inmundos
fangos del mal desde las altas frondas,
llevo en el alma abismos muy profundos
y tristezas muy hondas.

He bajado á las simas y mansiones
obscuras del dolor; desde temprano
contemplé las horribles convulsiones
del sufrimiento humano.

Voy por la senda del pesar eterno,
sin amor, sin apoyo y sin auxilio;
no tengo, como el Dante, en este infierno,
ni Beatriz, ni lauro, ni Virgilio!

Al llegar á los negros precipicios,
mis sueños se espantaron,
y cual nocturnos pájaros, los vicios
en mi pálida frente aletearon.

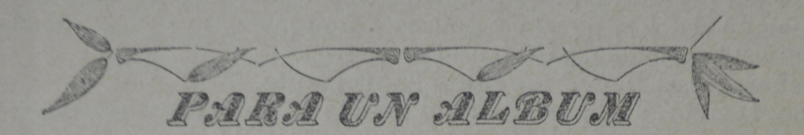
Borré del pensamiento la confusa
idea de bondad que me aturdía,
y adorné los cabellos de mi musa
con las flores deshechas
y empapadas en vino de la orgía.

El culpable soy yo ¿será el Acaso....?
Yo estaba en el dintel del Paraíso;
Amé, creí, lloré, detuve el paso,
el sol de mi Esperanza halló su Ocaso
Y la noche se hizo!

Y no estoy solo! Te amo, te deseo,
melancólica y dulce poesía;
claridad de mi espíritu, te veo;"

y te puedo decir lo que decía
Julieta enamorada de Romeo:
"no te vayas, no es tiempo todavía !"

Luis G Urbina.



PARA UN ALBUM

A E. S. A.

El cielo, un inmenso palio azul franjado en oro; la luna, una pupila absorta lloviendo en el espacio luz divina; tu mirada, plenilunio de mi alma, altar de mis amores, sagrario de mis ansias infinitas. ¿No recuerdas?......Apoyada en mi brazo te besaba la blanca jazminera que aromaba el ambiente. Perfumes, primavera, sueños..............Soñaba tus amores ¿No recuerdas?....

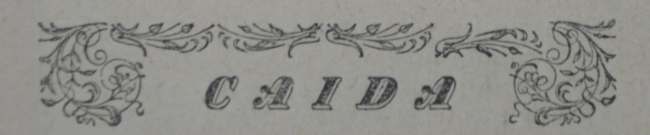
Horas encantadoras y lejanas,
Tiempos idos;
Amores en el antro de los sueños dormidos.

"Esta noche, solo, llena el alma de amarguras infinitas",
Voy buscando, voy buscando tus amores,
En el alma de las flores,
En el alma de las castas margaritas.

Las violetas y las mustias rosas blancas y los tímidos jazmines
Están tristes....están tristes, tus engaños
Me recuerdan ... Desengaños....
Desengaños sólo cuentan mis jardines.

D. Negueri

Enero de 1905.



CAIDA

A José Montoya

I.

Negro con toda la fuerza del color; de una negrura brillante y absoluta de ébano pulido con esmero; fornido, alto. Su musculatura perfecta de titán delataba la fuerza de una bestia supe-

rior y sus facciones todas, bruscas hasta más no poder, hacían pensar en un cerebro de fierro.

Tál era el hombre que acababa de entrar al zaguán de la casa.

Llamó á la puerta con media docena de golpes delicados que desmentían en un todo á la mano que los producía.

—¿Quién es? preguntó desde adentro una vocecita delgada y dulce. Al mismo tiempo cedió la puerta y apareció una pequeña rubia.

—¿Aquí está su mamá, niña? dijo el negro.

—Sí, señor; ¿se la llamo? preguntó suavemente.

—Bueno, la niña, y dígale que aquí manda D. Luis estos conejos.

—A ver....ah queridos! Mamacita, mamacita!!.... asómese y verá qué tan lindos los conejos que mandó mi papá. ¿Son míos, señor? El los mandó para mí ¿no es cierto?

—Sí, la niña, contestó el negro. Son pa su mercé.

Ella estaba encantada. Empezó á tocarlos con el dedo índice, con timidez, al principio; pero después, más valerosa, les pasaba la mano por el lomo en són de caricia mezclada de placer y de temor.

Era la tal chiquitina una muchacha, toda ella un encanto llamado Maruja. Oro puro su cabello, suelto siempre, se desprendía con un ondeamiento delicioso desde su bien formada cabecita hasta los hombros, en donde se detenía de repente cortado con parejura y en cuyo corte había habido un esmero artístico; sus ojos, lindos ojos de viva luz, eran la encarnación del amor y la plegaria confundidos en ellos, brilladores, inocentes. Todo lo suyo era hermoso; leves hilos de zafiro, sus venas; hilos leves, que al través de su piel blanca, formaban una redecilla primorosa; y su voz, vibrante y pura, emitida incesantemente con una suavidad y una dulzura inimitables, si acariciaba, se volvía arrogante al *bravear* produciendo la delicia de los suyos. Era sobre todo habladora sin tregua, sin descanso, con todos y consigo misma. Una muchacha de verdad. Todo su cuerpo venía á ser, en resumen, un modelo perfecto para los cromos de la Emulsión de Scott. Provocaba comérsela á besos.

Observadora, con esa observación preguntona que en los niños es una belleza y aun á veces un inconveniente, todo quería sabérselo, saber todo lo que era extraño á su vista y á su inteligencia.

Su mamá se volvía loca de contento al hacer mención de las gracias de esa monilla encantadora.

Una vez—refería—entre canto y canto, muñeca va y muñeca viene, la preguntó, como si hubiera estado luchando por descifrárselo ella misma—con un modo de preguntar algunas cosas, especial en los niños, que nos pone en dificultades y que nos hace sospechar la presencia en ellos, absoluta, de la inteligencia plena:

—Mamá ... ¿de dónde vino Enriquito? (su hermano menor).

—Cómo que de dónde, mi hija?

—Pues antes de estar en casa.

—Del Cielo, mi reina, dijo su mamá. Ese me lo trajo la Virgen, lo mismo que á Ud., mi palomita.

Ella se quedó conforme y siguió juega que juega y habla que hablarás con las muñecas.

Al día siguiente, en un rincón del oratorio, la gloria de la casa estaba prosternada de rodillas, con las pompas manecitas en alto y juntas, rezando con fervor al pie de una imagen de la Virgen. ¿Qué pediría esa rubia igual de bella á los angelitos del cuadro, pero sin alas?

Al verla su madre corrió hacia ella y tomándola de la cintura, la levantó hasta lo alto de la cabeza; y allí, en lo alto, le besó la boca, las mejillas, las manos y la volvió entre sus brazos un rebujo de bellezas!

—Qué hacías allí, mi sol, tan querida, tan solita y tan hermosa?

—Le estaba rezando á la Virgen, contestó.

—Muy bien hecho, mi reina, que seas piadosa. ¿Y qué le pedía su majestad á la Virgen?

—Que me mande un niño como el tuyo, porque estoy aburrida con las muñecas.

II

Si era verdaderamente una gloria; si causaba comezón de matarla á caricias ver esa monina correteando por toda la casa, revolviendo lo que tenía á su alcance; paseando las muñecas, asentando de plancho los zapatos al caminar y sobre todo hablando, hablando sin cesar, preguntando á las matas por qué tenían flores y á su mamá por qué las matas crecían y cómo crecían y quiénes eran los papás de las matas.

Y ahora con los conejos. Cómo se puso de contenta al ver que el negro sí dejaba los animales y que se iba por donde había venido.

Nó, eso era la Virgen que le había mandado sus conejos más bien que el niño que ella, allá en un rincón del oratorio, con las pompas manos en alto y juntas, le pidiera con tánto amor y tánta fe.

Ese día, cuando ya los animales se vieron libres de las manos del negro y salieron por los corredores dando saltitos, ella se moría de dicha; corría hasta alcanzarlos, se detenía á verlos muy de cerca y luégo volvía hacia su mamá su cara feliz, riéndose con los ojos, con esos ojos tan bellos en los que se veían confundidos el amor y la plegaria, y le decía:

—Qué tan lindos! no, mamacita? me los mandó papá para mí ¿no es cierto?

—Sí, mi princesa, para U. solita; cuando venga su papá le da las gracias.

A la hora del almuerzo ella se fué á encontrar á su papá hasta la esquina gritándole:

—Papá, papacito....!! mamá me ha dicho que te dé las gracias. Asómate y verás qué tan queridos, cómo brincan. Y tienen las orejas grandotas....! ¿Cómo se llaman, papá?

—Conejos, mi hija.

—No, cómo se llaman?

—Ah! quieres que les pongamos nombres? Pues les vamos á poner unos bien bonitos.

Y efectivamente fueron bautizados con un nombre bello; con el más hermosamente sugestivo y más artístico; nombre que hace pensar con especie de nostalgia—como si hubiéramos vivido en ella—en esa edad sublime en que los dueños de esos nombres cantaban en un idilio

de infinita hermosura, la nota más alta de la naturaleza, la suprema fuerza del amor y la última belleza de la inocencia salvaje!

Se llamarían Dafnis y Cloe.

Y qué brega la que costó para hacer decir á la Maruja, Dafnis!

—Danizz....

—Así nó, mi hija. Dafff..nis, con f.

—Dazz....nis.... no, que no podía. Y lucha que lucha, hasta que al fin logró, pero no con absoluta perfección, pronunciar ese nombre. Lo hacía emitiendo la f casi imperceptiblemente, como aspirada... pero en fin, se entendía como f.

Y aquella pareja de amantes orejones empezó á soportar su nombre como con dignidad, por lo menos en lo que hacía á la belleza. Gordísimos y blancos correteaban por allí todo el día, y cuando se cansaban de este oficio, se tiraban sobre las piedras como se tira una cosa que estorba, con un desprecio y una flaccidez encantadores, pero sobre todo con un arte y una delicadeza que cautivaban la vista. No parecía sino que fueran copos de algodón allí arrojados ó retazos pequeños y blanquísimos de nube esfumados sobre las piedras: con las manos de frente, paralelas, debajo del pecho, y las patitas tiradas hacia atrás como si no fueran de ellos; las orejas rectas; la cabeza en un continuo movimiento graciosísimo á impulso de la respiración y un remangado de nariz, voluptuoso, que formaba de su cara un como gesto de desdén, un como desprecio infinito por todo lo existente y un como dejo de insolencia y de grandeza. Pero en lo que hacía al amor no parecían tenérselo mucho el uno al otro, á no ser que guardaran una reserva absoluta en esos achaques. Ellos, muy amigos eso sí, se tiraban por allí juntos buscando una sombra ó una humedad, pero ni un beso, ni la caricia más mínima, nada que trascendiera á erotismo.

III

Y la muchacha que los había cogido por de su cuenta.

—Vén Cloíta—decía á la hembra, empleando el diminutivo obligado de los niños para lo que aman, sin caer en la cuenta de que nombres, por ejemplo como éstos, no admiten absolutamente ninguna variación sin que haya pecado contra la estética—vén Cloíta, vén mi reina—como le decían á ella—y no te juntes con ese Dafnis tan esquivo y tan feo.

—Mentiras, Dafnito, decía después. Usted es muy lindo y muy hermosísimo; camine júntese con Cloíta.

Y Dafnis, cuando no podía substraerse, inclinaba todo humilde y todo serio la cabeza y tendía las orejas. Entonces ella le pasaba por el lomo su mano bella y lo acariciaba con suprema ternura. ¡Hasta ese animal debía de sentir inmenso placer á su contacto!

Eran el todo para ella. Las muñecas yacían en sus sillas haciéndose visitas unas á otras, visitas que no tenían trazas de acabarse si á su todopoderosa dueña no se le pasaba el embeleso por los conejos.

Por fin recordó que el día del regalo de papá había dejado á doña Filomena haciendo una visita á *misiá* Soledad y corrió á llevarla á la casa.

—Ay! mi señora—se acercó diciendo en lugar de la primera—perdone que le haya hecho una visita tan larga, pero es que tengo una sirvienta malísima y no había venido por mí.

—No, no tenga cuidado—dijo por la otra—le agradezco mucho el ratico y vuelva.

¡ Qué desamparo aquél por culpa de los malditos animales! Pero á quién se lo decían ! Ella no pensaba más que en su pareja.

—Dafnis—decía—ve, Dafnis, las botas que me trajo mi papá. Y echaba atrás la batita forrándose las rodillas con las manos para ver ella también las botas que mostraba á Dafnis; botitas diminutas, primorosos estuches de piel suavísima que guardaban las joyas de sus pies blancos y delicados y pompos también como sus manos.

Dafnis sacudía las orejas, daba golpes en el suelo y se iba con desdén á botarse—como si no fuera él!—sobre las piedras.

IV

Mas llegó un día terrible para Dafnis. Ay! si las muñecas supieran que el favorito iba á caer, cómo reirían ellas allá, en sus palacios pigmeos, de contentas!

Sí, llegó un día en que el amado de esa rubia y hechicera reina, el querido tal vez más que Cloe, había faltado.

Y la reina, toda ella hecha una tristeza, había de condenarlo á la indignidad de ser querido!

—Qué había pasado?

La soberana entró á la sala caminando menudo y con una mano sobre los ojos diciendo:

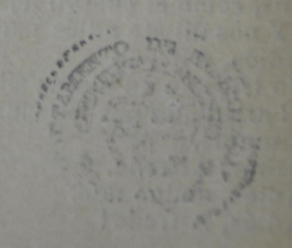
—Mamá, mamá, ya yo no quiero á Dafnis.

—¿Por qué mi hijita? Qué me le ha hecho ese malcriado para castigarlo?

Es que es muy *descarado*. Allá está pegándole á Cloe y mordiéndole la nuca.

RAFAEL MONTOYA PÉREZ

Medellín, XI. S. 1904.



RELIQUIA BIO-BIBLIOGRAFICA DE EPIFANIO MEJIA

De ello dan testimonio mis ojos, "mis ojos perecederos."

Puesto el gran vesánico delante de una mesa, en el esplendor prestigioso de un mediodía azul y agreste; las venas frontales hinchadas maravillosamente por el esfuerzo de la idea fugitiva, que se iba á lo insondable; rápido y nunca igual su pulso como el volante de una máquina en desconcierto; perdido todo él allá en los limbos de una razón oscura é insuficiente, si á ratos amparado de su naufragio en los hospitalarios bancos movedizos de un recuerdo vago y bonancible, y yo como único vigilante humano de aquella brega inusitada, fué trazando, rudamente, sobre las huellas de su Alfredo, de su bien amado camarada (—"Vea qué lindos ojos, los de Alfredo,"—murmuraba),—el dulce mozo extinto, de pupila ingenua y seso carcomido—las desiguales y expresivas frases que por concesión bondadosa que agradezco, me obsequió para el tempranamente muerto *Clarín* la poseedora de aquel documento, Dª Teresa Velásquez, agraciada del ilustre é infortunado vate en sus yá talvez postreras convulsiones.

Hízoseme imposible dar á luz antes tan precioso manuscrito; pero hoy que el Sr. Director y Propietario de *Lectura Amena* me ofrece una ocasión y exige de mi inhábil mano la aclaración que antecede, cumplo —tardíamente, á pesar mío—una promesa, y traigo al bullicioso viento público esto, de que en el retiro silente y fosca inmovilidad de un patio de Manicomio fueron por juro de Dios, testigos mis ojos, "mis ojos perecederos."

Medellín, Enero 27 de 1905.

AB. FARINA



ALFREDO

A Teresita.

Tus ojos, Alfredo, tus ojos lindos, ¿serán pasto de los gusanos?

¿En dónde quedará tu tumba triste?

Pasaste como la sombra, y te marchitaste como la hoja de los montes.

Llegabas á nosotros como el ciervo cansado, como el ave de los suribios, como el cuervo lejano.

¿Y nos dijiste adiós para siempre?

Adiós, Alfredo.

No lejos de un ciprés silencioso quedará tu tumba...... tu tumba triste! arrullada por los vientos de la tarde y por el silencio de las noches oscuras.

Adiós, Alfredo.

Adiós, amigo mío.

Adiós, Alfredo!

Alfredo, adiós!
Adiós, adiós, Octavio.
Adiós, mi dulce amigo.

....

Para abismarme en ti.
José Benito Gaitán.

Tus ojos, Alfredo, tus ojos lindos, serán pasto de los gusanos?

¿En dónde quedará tu tumba? tu tumba triste?

Pasaste como la sombra, y te marchitaste como la hoja de los montes.

Llegabas á nosotros como el ciervo cansado, como el ave de los suribios, como el cuervo lejano.

¿Y nos dijiste adiós para siempre?

Adiós, Alfredo.
Adiós, adiós, Octavio.
Adiós, mi dulce amigo.

....

Para abismarme en ti.

No lejos de un ciprés silencioso quedará tu tumba...... tu tumba triste! arrullada por los vientos de la tarde y por el silencio de las noches oscuras.

Adiós, Alfredo.
Adiós, amigo mío.
Adiós, Alfredo.

No lejos de un ciprés solitario quedará tu tumba......tu tumba triste, arrullada por los vientos de la tarde y por el silencio de las noches oscuras.

Adiós, Alfredo.
Adiós, amigo mío.
Tu tumba triste!

EPIFANIO MEJIA.



A la señorita H. A. Z.

El ala de la tarde muellemente,
Como el ala del ave sobre el nido,
Se iba extendiendo por la tierra muda,
Muda, con la mudez de lo dormido.

Surgió Venus, brillante y temblorosa,
Sobre el oscuro dorso de Occidente....
Y en la hamaca de un cirrus, cimbreaba
La luna, su albo cuerpo, dulcemente.



En qué piensas?—la dije: y ella, triste
Apoyada en en sus manos la cabeza,

"Pienso, me dijo, que todo lo creado
Va bogando en el mar de mi tristeza"

El ala de la tarde, recogida
Como el ala de un ave sobre el nido,
Cubría la tierra indiferente y muda,
Muda, con la mudez de lo dormido.

B. TEJADA CÓRDOBA

Enero 26 de 1905.

DE TODO

EL CIRIRI y el *DIARIO NOTICIOSO* tuvieron á bien reproducir á *Noel*, de D. Ricardo Olano, publicado en nuestro número de Navidad.

Aplaudimos el buen gusto de los amables colegas, y nos permitimos recordarles que quien reproduce contrae la obligación de mencionar el periódico ó libro de donde lo hizo, máxime si se trata de artículos originales.

EN BOGOTÁ se quitó la vida el inspirado poeta D. Rogerio Cortés.

Los términos harto lacónicos en que los periódicos bogotanos dan la noticia, no nos permiten hacer conocer de nuestros lectores ninguno de los pormenores de su muerte.

El poeta muerto deja escrita una composición de la cual conocemos un par de estrofas que dicen bien claro su determinación de cambiar de vida.

EN LA SEMANA pasada partió para Bogotá nuestro amigo D. Teodomiro Villa Haeusler, á continuar sus estudios de Medicina.

Bien conocidas nos son las aptitudes de Teodomiro, para augurar que coronará con éxito su carrera.

Ponga el amigo el talento que posee y la consagración de que es capaz, y el tiempo se encargará de hacerlo útil á su patria, (que bien lo necesita) á su familia y á sí mismo.

BIOGRAFO LUMIERE.—Con gusto anunciamos la exhibición de este magnífico aparato, que tánto ha llamado la atención en cuantos teatros ha funcionado. Al Sr. Empresario H. A. Delamare damos las gracias por la invitación que nos hizo para concurrir al ensayo, y le deseamos buena concurrencia en las funciones y larga estancia en esta ciudad.

Juan B. Posada V.—La muerte, sorda á los ayes de diez huérfanos, arrancó de entre los vivos á D. **Juan B. Posada V.**, en la tarde del 16 de Enero.

Llevó D. **Juan** para el eterno viaje la satisfacción plena del deber cumplido. Y dejó en la tierra, al azar de la suerte, una partida de huérfanos que bendicen su memoria, y alaban al Dios que en triste hora lo arrancó de su lado, truncando todas sus ilusiones y dejando caer sobre la copa ya repleta de amargura que desde la muerte de su madre apuraban, toda la cicuta de una orfandad plena.

Va para sus hijos y para D. Fidel Cano y su familia mi más sincero pésame.—J. EMILIO CALLE.

Febrero 1.º de 1905.

ESCRITOS Y DISCURSOS de F. DE P. MUÑOZ.—En forma periódica quincenal comenzará á publicarse próximamente el 2.° tomo de esta obra, que constará, poco más ó menos, de unas 350 páginas.

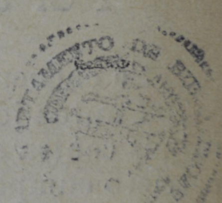
Valdrá la suscripción á todo el volumen $ 120 para los suscriptores que consignen esta suma al suscribirse, y $ 140 para los que prefieran pagar en dos contados de á $ 70: el primero al suscribirse y el segundo al recibo de la 5.ª entrega.

Para la suscripción puede tocarse con el Sr. Luis Cano, administrador de la empresa ("El Pabellón", Calle de Junín, cerca á la Telegrafía) ó con el autor de la obra (Calle del Palo, número 44).

DECRETO LEGISLATIVO NUMERO 4

(ENERO 9 DE 1905)

sobre prensa



El Presidente de la República,

CONSIDERANDO:

1°. Que en virtud del Decreto número 1045, de 29 de Diciembre de 1904, se halla turbado el orden público en los Departamentos de Cundinamarca y Santander;

2.° Que es deber del Poder Ejecutivo, de acuerdo con la Constitución nacional, proteger en todo el territorio de la República la honra de las personas, la tranquilidad pública y el orden social contra los abusos de la prensa;

3° Que, de conformidad con el artículo 38 de la misma Constitución, es obligación del Gobierno respetar y hacer respetar la Religión Católica, que es la de la Nación; y

4°. Que el Gobierno tiene el propósito inquebrantable de conservar la paz y de garantizar eficazmente los derechos de todas las personas residentes en Colombia,—*(Continuará.)*